HAL
open science

Un otro de mí

Dardo Scavino

To cite this version:

Dardo Scavino. Un otro de mí. El Ansia : Revista de literatura argentina, 2017, Miguel Vitagliano. Eduardo Muslip. Pedro Mairal, 4, pp.58-63. hal-02514350

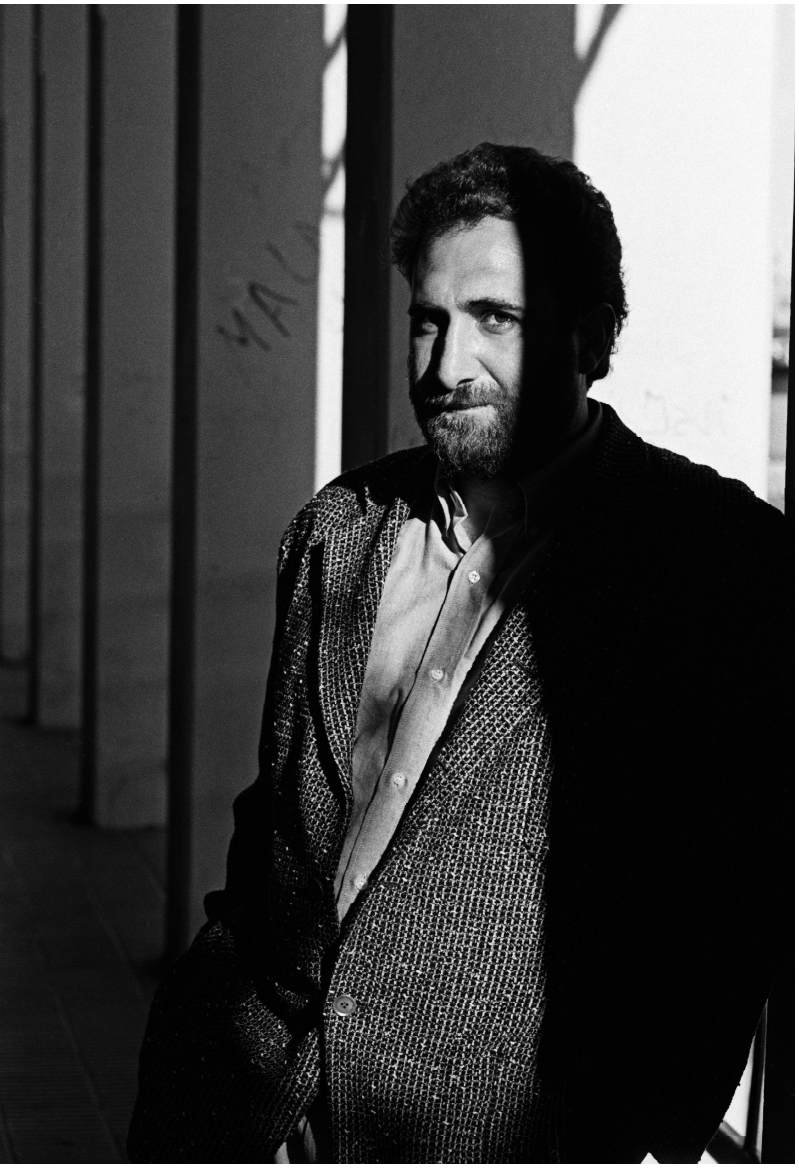
HAL Id: hal-02514350

https://hal.science/hal-02514350

Submitted on 24 Mar 2020

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Un otro de mí

Treinta años está lejos de ser nada: como suele ocurrir, todo empieza con el sueño de alguien. Pero es el fin de una época, aunque también sea el comienzo de otra. Una amistad en el entramado de todas las historias. Mensajes que se envían. Y el espejismo de hablar sobre los otros.

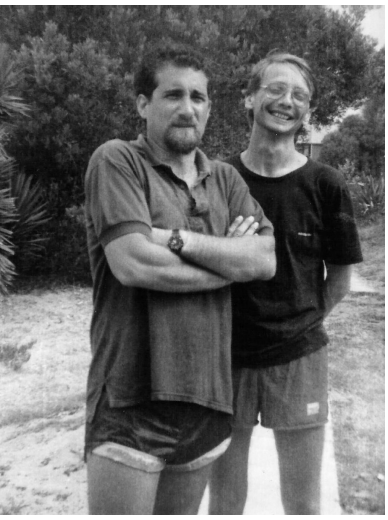
POR DARDO SCAVINO
FOTO ALEJANDRA LÓPEZ

Hace ya casi treinta años que nos conocemos con Vitagliano. En 1988 me llamó un día Horacio Legras, un amigo que trabaja hoy en California, y me dijo que Nicolás Rosa quería armar una cátedra de Teoría Literaria y que trabajáramos con él. Yo había asistido a su seminario sobre literatura y psicoanálisis y me parecía extraordinario trabajar con un tipo así. No me acuerdo ahora dónde nos encontramos el primer día –debe haber sido como hacia finales de año–, pero estaban ahí Nicolás Rosa, Horacio Legras y tres personas que yo no había visto nunca: Telma Luzzani, Hinde Pomeraniec y Miguel Vitagliano. No puedo recordarlo diferente de ahora. Ni en su aspecto, ni en su manera de hablar, ni en su estilo. Y ahí, o más o menos por ahí, empezó nuestra amistad. Durante cuatro años, antes de que yo me fuera de la cátedra y, a continuación, del país, trabajamos sobre el romanticismo alemán y sobre la crítica literaria argentina.
Mientras el gobierno de Alfonsín se inmolaba en la crisis hiperinflacionaria y sobrevivíamos a los ponchazos, mientras Menem

llegaba al poder y reanudaba las políticas neoliberales de Martínez de Hoz que ya habían arruinado la industria nacional y volverían a hacerlo, poblando al país de cartoneros y sin techo –como si Thatcher no hubiese triunfado solamente en el '82, con Malvinas, sino también en el '89, con las privatizaciones y el desmantelamiento del Estado–, en esos mismos momentos, digo, nos reuníamos a estudiar y discutir sobre literatura pero también sobre lo que estaba pasando en el orden del pensamiento con la crisis, en especial, del marxismo. Como decía Abraham Maslow, cuando en nuestra caja de herramientas hay solamente un martillo, todos los problemas se vuelven clavos. Y resultaba urgente revisar las herramientas con las que pensábamos la historia, la política, la literatura. 1989 había sido el año de la plaza Tiananmén y de la Caída del Muro. El siglo de las grandes luchas sociales y las grandes revoluciones políticas parecía terminarse así. ¿Cómo pensar lo que estaba pasando sin reducirlo otra vez a un clavo?
Como suele suceder desde que la historia es historia, se estaba acabando una época, y nosotros, que éramos, aunque no tuviéramos conciencia, una nueva generación, si es que una nueva generación es un sujeto que habla –pero el problema está ahí precisamente–, ya no creíamos demasiado en los discursos y los fervores de nuestros hermanos mayores. Sin abjurar, por lo menos en muchos casos, de los valores de la izquierda, Fidel y el Che ya no eran santos de nuestra devoción. No digo como personajes históricos sino como personajes de un catecismo histórico. Novelas como *Guerrilleros* de Rubén Mira y *La aventura de los bustos de Eva* de Carlos Gamerro, con quienes nos juntábamos por esos años en el sótano de Prometeo a leer y discutir libros, marcan esa distancia irónica de nuestra generación con la anterior, con sus fervores, sus liturgias y también sus herramientas. Ambas novelas representan bastante bien nuestro estado de ánimo.
Miguel Vitagliano, mientras tanto, se había juntado con Aníbal Jarkowski, con Martín Kohan y con el mencionado Rubén Mira, para armar una cooperativa editorial donde apareció *Rojo amor, La pérdida de Laura* y *Guerrilleros*. Él publicó ahí *Niño perro* –donde el tópico de la metamorfosis ya no se vinculaba con el poder de los dioses sino del FMI–, pero ya había aparecido muy poco antes su primera novela en otra casa de edición: *Posdata para las flores*. Una novela epistolar. Con Jarkowski la presentamos en Rosario. Y ahí estaba ya esa palabra, esas relaciones, esas pequeñas anécdotas, que Vitagliano privilegia siempre en sus novelas. Puede abordar grandes acontecimientos de la historia, grandes momentos de la política nacional, desde el primer gobierno peronista hasta los atentados contra la AMIA o contra los trabajadores

argentinos, pero lo importante, para él, va a seguir siendo lo que ocurre entre las personas fuera del escenario público –estaba tentado de decir "en la intimidad", pero esta expresión puede sugerir que sus novelas son intimistas, lo que, en mi opinión, no es el caso–. Ese entramado de historias, de encuentros, de azares, de escrituras marginales, constituye una suerte de revés del tapiz histórico. Un revés de los grandes relatos históricos. Es como aquella novela en que una viuda va reconstruyendo la vida de su marido a través de las anotaciones que dejó en los márgenes de los libros, algo que ella descubre por casualidad un día en que una filtración de agua la obliga a desarmar la biblioteca. Lo interesante está en los márgenes, nos sugiere Vitagliano. Ahí es donde, realmente, están pasando las cosas. Ahí es donde puede leerse una vida. Una historia no es, para él, algo que pasa sino más bien que se urde, como el destino.
Y el urdido de esta historia son las relaciones entre los individuos. *Posdata para las flores* y *Tratado sobre las manos* tienen ese punto en común: una escritura, para Vitagliano, es un mensaje que se envía a alguien, una persona que puede encontrarse en otra ciudad u otra época, una carta que llega tarde, a veces, cuando ya no somos de este mundo, aunque estas anotaciones constituyan un testimonio, no tanto de lo que vimos u oímos, sino de lo que somos o fuimos. Hay muchos viajes en las novelas de Vitagliano, pero sus novelas no son de viaje porque esto supone que el protagonista informe a los suyos, cuando regrese, acerca de lo que vio en otro lado, y por más que se desplace, el personaje de las novelas de Vitagliano no habla sobre los otros: habla, aunque él mismo no se dé cuenta, de sí. Como decía Carlos Tomatis en *Glosa*: el que dice, del mosquito, que es tal o cual cosa, no dice, del mosquito, nada: dice de él. Algo que la ambigüedad de la expresión "réplica" sugiere a la perfección: la réplica de un personaje es una respuesta a una pregunta pero también una frase que lo pinta, como se suele decir, de cuerpo entero, aunque la mayoría de las veces estas pinturas resulten bastante enigmáticas. Incluso las acciones que esas personas llevan a cabo con una finalidad supuestamente práctica,

Como decía Carlos Tomatis en *Glosa*: el que dice, del mosquito, que es tal o cual cosa, no dice, del mosquito, nada: dice de él.



Con Aníbal Jarkowski, 1990. Gentileza M.V.

como sentarse en una sillita a observar a los vecinos, a la manera del protagonista de *El otro de mí*, o dedicarse a armar maquetas de fósforos, como un personaje de *Cuarteto para autos viejos*, constituyen, en cierto modo, sus réplicas: sus respuestas ante una situación y, a su vez, los testimonios de una vida. Las propias máquinas, los dispositivos, las invenciones técnicas que tienen como presunto objetivo el aumento de una capacidad de los usuarios –porque adolecemos todos de alguna discapacidad, finalmente–, terminan convirtiéndose en prótesis de esos usuarios. A veces no sabemos muy bien qué dicen de ellos esos textos, esas acciones o esos dispositivos, pero ahí está el secreto de los personajes de Vitagliano, un secreto que tendrá que revelar otra persona, en otro lado u otro tiempo, aunque esa revelación a lo mejor sólo sea una interpretación que dice mucho más acerca del intérprete que del interpretado. No importa: los encuentros son, a lo mejor, malinterpretaciones logradas, como si las relaciones sociales fueran mensajes que las personas escriben y leen, no solamente con sus palabras sino también con sus gestos y sus lágrimas. Y las novelas de Vitagliano, pero también sus artículos para *Escritores del Mundo*, están plagados de encuentros insólitos: entre escritores, artistas, inventores. Hay que ver en ese punto el ostensible atractivo que tiene para Vitagliano la literatura del siglo XIX, y sobre todo algunos presuntos realistas franceses como Balzac, Flaubert o Maupassant. Hace rato que se sabe que estos autores se dedicaron a elaborar una semiología de sus personajes, de sus clases sociales, sus profesiones, sus ciudades o sus épocas. Para saber quién es Charles Bovary, hay que leer su gorro o sus modales en la mesa. Porque son signos, jeroglíficos, acertijos. Cuando leemos a Flaubert, no leemos solamente las letras de sus textos sino también los mensajes de sus personajes: sus zapatos o sus ademanes también son réplicas. Una

réplica de ellos, pero también de una clase, de un pueblo o de una generación, si es que la clase, el pueblo o la generación hablan, o si podemos atribuirles –pero todo el inconveniente está ahí precisamente– el estatuto de sujetos de esas enunciaciones. Y en este punto Vitagliano se distancia de la novela decimonónica: no hay en sus narraciones trazas de esos sujetos sociales de la enunciación. Hay otra cosa.

Los libros titulados *Nicolás Rosa* o *Miguel Vitagliano*, en todo caso, no fueron para mí menos importantes que *El entenado* o *Genealogía de la moral*.

Borges pensaba que el universo era una biblioteca. Vitagliano también, y las bibliotecas de *Vuelo triunfal* o de *Tratado sobre las manos* son, de algún modo, un emblema de esto. Solo que la biblioteca de Vitagliano está poblada de personas, como en *Fahrenheit 451* de Bradbury: cada uno de sus personajes es un libro. Pero la analogía viene al caso, porque esas personas no son, en sentido estricto, individuos: los mensajes que emiten, o que más bien portan consigo, fueron escritos por otros, por los encuentros con otros. Yo no sé entonces si Vitagliano y yo formamos parte de una generación en el sentido de un sujeto que, si pudiera hablar por sí mismo –pero el problema está ahí precisamente–, opinaría esto o aquello. Cada uno de nosotros, no obstante, fue un personaje y, al mismo tiempo, un producto de esos encuentros, porque cada uno de los otros escribió algo en nosotros, y así fue urdiéndose una historia común: los libros intitulados *Nicolás Rosa* o *Miguel Vitagliano*, en todo caso, no fueron para mí menos importantes que *El Entenado* o *Genealogía de la moral*. Y cuando digo "para mí", por supuesto, exagero: porque ese "mí" no habla sin que hablen, al mismo tiempo, ellos, aunque no lo haga yo en su nombre diciendo, como se suele decir, "nosotros". De modo que cuando digo, del mosquito, que es tal o cual cosa, digo de mí, sí, pero también de ellos: los otros de mí. <

Dardo Scavino nació en Buenos Aires en marzo de 1964. Es filósofo, ensayista y crítico literario. Recibió el Diploma al Mérito de la Fundación Konex en 2014. Entre sus libros están *La era de la desolación*, *Saer y los nombres*, *Rebeldes y confabulados* y *Las fuentes de la juventud*.